

Libre en Cristo

Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres (Juan 8:36).

Autor: S. Fayard

¿Qué es la libertad? ¿Es hacer lo que a uno bien le parezca, tal vez sin infringir las leyes, pero violando toda regla moral, sin tener en cuenta a los demás y viviendo tan solo para sí mismo? Llevada al extremo, esta concepción de la vida solo puede producir destrucción. La destrucción de hogares, de familias, de la sociedad. Esta no es la verdadera libertad. Ella no puede ser independiente de una ley moral. En nuestra época, los hombres hablan fácilmente de liberarse de los tabúes y de las reglas arcaicas, pero en realidad son esclavos de sus propios impulsos, pues son incapaces de dominarlos (2 Pedro 2:19).

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Introducción	3
La liberación	5
Jesús nos libera de la culpabilidad	5
Jesús nos libera del mal	6
Jesús nos libera de nosotros mismos	6
Jesús nos libera del mundo y de Satanás.....	7
Jesús nos libera de la ley como medio de ser justificado.....	8
La libertad cristiana.....	10
Jesús nos libera para hacer el bien	11
Jesús nos libera para conocer a Dios como nuestro Padre y a Jesús como nuestro Señor	11
Jesús nos libera para estar al servicio de los demás	12
Jesús nos libera para ser conducidos por el Espíritu	12
Conclusión: Ser LIBRE en Cristo.....	14

Introducción

“ Todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado
(Juan 8:34).

Al final de la calle donde vivo se erigen los siniestros muros de una de las prisiones más grandes de Alsacia (Francia). Como un desafío irónico, justo al lado se halla la plaza de la Libertad. Me pregunto: las personas que allí se sientan a disfrutar de los primeros rayos del sol, ¿son necesariamente más libres que las que están a 100 metros, detrás de los muros? Desde el punto de vista cívico, por supuesto que sí, pero interiormente, en sí mismas, ¿son verdaderamente libres?

De hecho, ¿qué es la libertad? ¿Es hacer lo que a uno bien le parezca, tal vez sin infringir las leyes, pero violando toda regla moral, sin tener en cuenta a los demás y viviendo tan solo para sí mismo? Llevada al extremo, esta concepción de la vida solo puede producir destrucción. La destrucción de hogares, de familias, de la sociedad. Esta no es la verdadera libertad. Ella no puede ser independiente de una ley moral. En nuestra época, los hombres hablan fácilmente de liberarse de los tabúes y de las reglas arcaicas, pero en realidad son esclavos de sus propios impulsos, pues son incapaces de dominarlos (2 Pedro 2:19).

La Biblia nos enseña que la libertad era el privilegio de Adán en el huerto de Edén. Dios lo creó libre. Él podía comer libremente de todos los árboles del huerto (Génesis 2:16). Su libertad se realizaba en la medida en que permaneciera en relación con su Creador, respetando la orden divina: “Del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás” (Génesis 2:17). Al transgredir el único mandamiento que Dios le dio, Adán se convirtió en pecador. “El pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte” (Romanos 5:12). Desde entonces el hombre está sujeto a la servidumbre y al miedo (Hebreos 2:15; Romanos 8:20).

“ El Espíritu del Señor... me ha enviado... a pregonar libertad a los cautivos... a poner en libertad a los oprimidos
(Lucas 4:18).

Pero la gracia de Dios apareció, Cristo vino. Él es el Redentor, el que libera de la esclavitud del mal. Produce este cambio radical llamado nuevo nacimiento. Entonces podemos recibir **la libertad**, libertad en nuestra relación con Dios, a quien conocemos como nuestro Padre celestial. Libertad también en nuestra relación con los que nos rodean, a los cuales ya no vemos como in-

quietantes extraños, sino como personas a las que Dios ama y a quienes desea darse a conocer. Y libertad interior por la acción del Espíritu Santo que produce en nuestra alma la liberación de las fuerzas del mal y al mismo tiempo el deseo y la capacidad de hacer el bien.

Dios da gratuitamente la libertad a todos los que confían en Jesucristo. Este es el Evangelio. Ser salvo por Jesús es ser liberado. Este hecho tiene dos aspectos:

- La liberación de todo lo que nos esclaviza;
- Tener la libertad cristiana para gozar de la verdadera vida.

El Señor Jesús es el Redentor, el Pastor, el Sumo Sacerdote, el Hijo de Dios... El título de Redentor corresponde al primer aspecto: **la liberación**. Los nombres de “Buen Pastor”, “Sumo Sacerdote” e “Hijo de Dios” corresponden al segundo aspecto: **la libertad cristiana**.

La liberación

Jesús nos libera de la culpabilidad

“ Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad (1 Juan 1:9).

¿De qué nos libera el Señor cuando lo recibimos por la fe? Primero, de la **culpabilidad** tan característica de la experiencia humana. Muchos prisioneros han testificado cuán doloroso y agobiante era ese sentimiento de culpa en la soledad de una celda. ¿Ha notado usted que la primera palabra del Señor Jesús al paralítico fue: “Hijo, tus pecados te son perdonados”? (Marcos 2:5). Este también fue el mensaje de los apóstoles cuando presentaron el Evangelio (Hechos 2:38; 5:31; 10:43; 13:39...).

Ninguno de nosotros escapa de la culpabilidad. Lo reconozcamos o no, todos somos culpables. Nos hemos sublevado contra el amor y la autoridad de Dios y contra el bien del prójimo. Todos, en un momento u otro, hemos hecho lo que sabemos que no es justo. Nadie puede ser verdaderamente libre con tal peso en la conciencia. Pero, en la cruz, Jesús se identificó con nuestra injusticia. Él llevó nuestro pecado y nuestra culpabilidad. Murió por nosotros (Romanos 5:8; 1 Tesalonicenses 5:10) para que pudiésemos ser perdonados y justificados. Dios borra la culpabilidad del que en él confía (Salmo 34:22). Libera nuestra conciencia del **peso de nuestros pecados**. No tenemos que ganarnos este alivio. Lo recibimos por la fe, como un don de Dios. Es lo que la Biblia llama la justificación por la gracia de Dios, por medio de la fe (Romanos 3:24, 28).

Cristianos, la muerte de Cristo nos libera y nos purifica de todas nuestras faltas, tanto de las que cometimos antes de nuestra conversión, como de aquellas en las cuales incurrimos después de la misma. Por tanto, no nos dejemos agobiar por pecados que ya hemos confesado a Dios. Naturalmente, debemos esforzarnos en reparar las faltas cometidas contra el prójimo; pero no olvidemos que nuestra relación con Dios nuestro Padre fue establecida de una vez para siempre por la muerte de Cristo. Lo que podemos perder es la dicha de vivir esta relación con él, es decir, la comunión. Mas la volveremos a encontrar si tenemos la humildad para reconocer nuestras faltas delante de Dios y confiar en su gracia que perdona y restablece.

Jesús nos libera del mal

“ La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte
(Romanos 8:2).

Cristo no solo nos libera de la culpabilidad de los pecados, sino también del **poder del pecado**. Esta liberación nos es dada por pura gracia y debemos apropiárnosla por la fe. Incluso como cristianos, ¿no hemos experimentado en un momento u otro este poder del mal que nos domina? Siempre volvemos a caer en las mismas faltas de las cuales nos avergonzamos. En el transcurso de los siglos, muchos cristianos sinceros pensaron que debían encerrarse en un monasterio para escapar de la tentación; pero, aun así, no lo lograron.

Entonces, ¿cuáles son mis recursos?

- No tratar de mejorarme a mí mismo, sino aceptar de una vez para siempre lo que la Biblia explica y que confirma mi experiencia, a saber, que mi naturaleza es intrínsecamente mala. Un solo fruto malo es suficiente para comprobar que el árbol que lo produjo es malo (Romanos 7:18).
- Entender que no puedo, por mis propias fuerzas, dominar todos mis impulsos para impedirles de hacer lo malo (Romanos 7:19).
- Por la fe, aceptar que únicamente la muerte de Cristo me ha liberado del “pecado que mora en mí” (Romanos 7:20).
- Vivir con la ayuda del Espíritu Santo para hacer lo que agrada a Dios.

Jesús nos libera de nosotros mismos

“ Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niegue a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallar
(Mateo 16:24-25).

¿Sabemos que la liberación que Cristo ha producido por su muerte va más lejos que la liberación del pecado? Trae la **liberación de nuestro «yo»**. Antes de nuestra conversión, nuestro yo ocupaba el primer lugar, nuestro prójimo el segundo y Dios el último de todos. Puede ser que un cristiano no sea liberado de sí mismo. Aun teniendo la certeza del perdón de sus pecados, el motor de su vida todavía es su propia voluntad. Pues bien, Dios quiere darnos la posibilidad de salir

también de esta prisión del «yo». Entonces, en lugar de vivir centrados en nosotros mismos, nos abrimos al Señor como una flor se abre al sol. Para lograrlo, no tenemos que esforzarnos por mejorarnos a nosotros mismos, sino abandonarnos completamente a Dios, a su bondad, a su poder y a su Espíritu. Es lo que Jesús llama tomar nuestra cruz cada día, es decir, hacer renuncia de nosotros mismos para seguir al Señor Jesús en el camino de obediencia que él nos ha trazado.

Observemos de qué manera vivió Jesús: totalmente libre y al mismo tiempo dando su vida, no solamente en la cruz, sino en cada instante de su servicio. ¿De dónde sacaba el Señor Jesús esta serenidad y esta libertad? Del amor de su Padre con el cual vivía en perfecta armonía. Él nos ha enseñado que nuestro valor y dignidad no se fundan en lo que los demás piensan, sino en el hecho de haber sido amado, creado y rescatado por Dios.

Jesús nos libera del mundo y de Satanás

Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe



(1 Juan 5:4).

“Resistid al diablo, y huirá de vosotros” (Santiago 4:7).

Así como el cristiano necesita ser liberado de sus enemigos interiores, también debe ser liberado de sus **enemigos exteriores**: el mundo y Satanás. El mundo, el sistema social dirigido por Satanás en el cual vivimos, ejerce presiones muy fuertes sobre los hombres, sea de manera abierta en los regímenes totalitarios o a menudo de manera más sutil a través de las diferentes corrientes de pensamiento, el dinero y los placeres. El mundo nos aleja de la piedad. Entonces, ¿cómo ser liberado del mundo? Primeramente, tomando conciencia de que Cristo venció al mundo por medio de su vida perfecta (Juan 16:33) y en la cruz donde triunfó sobre todas las potestades malas que dominan este mundo (Colosenses 2:15). Comprendemos nuestra liberación del mundo cuando por la fe nos apropiamos de la victoria del Hijo de Dios (1 Juan 5:5).

Sin embargo, no tenemos que salir del mundo, sino evitar el mal para de esta manera ser testigos del Señor. Luego, podemos hacer el “bien a todos” (Gálatas 6:10) y estar “siempre prontos a dar respuesta... de la esperanza que hay en vosotros” (1 Pedro 3:15, V. M.). ¡Qué testimonio, para los que nos rodean, ver que nuestro centro de interés no está en el mundo! Cristianos, seamos embajadores de Cristo (2 Corintios 5:20).

Si el mundo oprime, Satanás su jefe (Juan 14:30) esclaviza de manera terrible a los seres humanos por medio de todo tipo de violencia y de mentira. Superstición, magia, horóscopos, brujerías, como también filosofías ateas, espectáculos o delicias del pecado son las armas que el diablo emplea para cegar el entendimiento de los incrédulos y así esclavizarlos (2 Corintios 4:3-4). Pero el Hijo de Dios vino “para deshacer las obras del diablo” (1 Juan 3:8); por su muerte ha destruido al diablo (Hebreos 2:14). Satanás ya no tiene poder sobre el creyente que le resiste por la fe y la Palabra de Dios (Efesios 6:16-17; 1 Pedro 5:9). La misma Palabra de Dios es libertadora (Juan 8:32) porque es la verdad, al contrario de la mentira que esclaviza.

Jesús nos libera de la ley como medio de ser justificado

El fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree



(Romanos 10:4).

En la Antigüedad, Dios había dado por medio de Moisés una ley santa y buena al pueblo de Israel; este debía respetarla estrictamente. Encontramos la descripción de esa ley en el Antiguo Testamento, la primera parte de la Biblia. Pero todos demostraron su incapacidad de cumplirla. La ley no ha servido para justificar a nadie delante de Dios, sino para denunciar el pecado. Ella sigue desempeñando ese papel para con los que no han aceptado a Jesucristo como su Salvador personal (1 Timoteo 1:8-10), demostrando así la necesidad de ser salvados por Jesús.

“Desobligados de la ley” (Romanos 7:6, V. M.). ¡Palabra asombrosa pero tan libertadora! El cristiano es liberado de esa ley como medio de ser justificado ante Dios. Ya no está bajo la ley de Moisés sino bajo la gracia (Romanos 6:14). Sin embargo, en la práctica a menudo nos comportamos como si fuésemos prisioneros de reglas, de coacciones y frustraciones, porque no recordamos firmemente que nuestra conciencia ha sido liberada de la culpabilidad por la obra de Cristo. No caigamos en el error de pensar que debemos ganar el favor de Dios por nuestra obediencia.

El cristiano, justificado por la fe en Cristo, está muerto a la ley, porque ha muerto con Cristo a fin de vivir para Dios (Romanos 7:4; Gálatas 2:19). No pensemos, sin embargo, que la ley ya no sea de ninguna utilidad; ella sigue siendo la expresión del bien y del mal para el hombre en la tierra. Su fuerza permanece constante para denunciar las manifestaciones del mal en nosotros (1 Timoteo 1:8-9). ¡Que nadie infrinja las prescripciones morales de la ley so pretexto de que está bajo la gracia! Esto sería ultrajar al Espíritu de gracia.

La ley conserva, pues, su valor para denunciar el mal, pero no es nuestra regla de vida: “El fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree” (Romanos 10:4). Cristo es nuestra vida y nuestro modelo, la expresión suprema del bien. Si vivimos cerca de él, las exigencias morales de la ley de Dios son cumplidas e incluso superadas en nosotros por el Espíritu (Romanos 8:4; Mateo 5:17-48).

La libertad cristiana

Examinemos ahora la libertad cristiana en la cual Cristo nos ha colocado.

En Francia, en 1789, la libertad fue simbolizada por la toma del fortín de la Bastilla. Tal como el pueblo de París, detrás de la palabra «libertad» cada uno ve su propio problema: escapar de tal apremio impuesto por superiores jerárquicos, los horarios, los requisitos administrativos, etc. De hecho, podemos ser liberados de todos esos problemas y no ser realmente libres. Porque la libertad en el sentido más profundo se refiere a la vida interior. Esta no se reduce a la posibilidad de sustraerse a la rutina o a la carrera desenfundada de la vida moderna para divertirse. No, en su esencia, la libertad es ser libre para vivir la vida mejor, es decir, aquella que Dios quiere para nosotros.

En este sentido, somos realmente libres solo cuando Dios nos ha dado una vida nueva que tiene por gozo el **hacer la voluntad divina**. Esta libertad está indisolublemente unida a la obediencia a la Palabra de Dios y a la comunión con Cristo. Él mismo lo dijo a los que habían creído en él: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres... Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (Juan 8:31-32, 36).

Jesús nos dio el más grande ejemplo de tal vida. Eligió constante y libremente obedecer a su Padre; en esto encontraba un gozo profundo. Era “manso y humilde de corazón”, a pesar de la hostilidad, la injusticia y la humillación. Su libertad se manifestó hasta el sacrificio de sí mismo, por amor a su Padre y a cada uno de nosotros.

La verdadera libertad cristiana se expresa:

- en nosotros por la capacidad dada por Dios para hacer el bien;
- hacia Dios, a quien conocemos como nuestro Padre, y hacia Jesús, a quien conocemos como nuestro Señor;
- en el servicio a nuestro prójimo.

¡Y todo esto gracias al Espíritu Santo que nos conduce en este nuevo camino!

Jesús nos libera para hacer el bien

“ El Dios de paz... os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos (Hebreos 13:20-21).

La libertad cristiana que Dios quiere para nosotros radica en el hecho de querer y de hacer el bien. El creyente recibe esta libertad en su vida por la gracia de Dios que actúa en él. “Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer” (Filipenses 2:13). Hay un vínculo misterioso e íntimo entre la gracia de Dios y la libertad del creyente. La gracia produce en nosotros esta libertad, y nosotros la vivimos por la fe y por la acción del Espíritu Santo.

Jesús nos libera para conocer a Dios como nuestro Padre y a Jesús como nuestro Señor

“ Por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios... (Gálatas 4:6-7).

“Teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo... acerquémonos con corazón sincero” (Hebreos 10:19-22).

“Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mateo 11:29-30).

En el Nuevo Testamento a menudo la libertad está relacionada con el hecho de que somos hijos de Dios. Ante Dios, ya no somos “esclavos” sino “hijos” (Gálatas 4:7).

Cuanto más conozcamos a Jesús, más conoceremos a Dios como nuestro Padre. Gozar de Su amor saca de nuestros corazones los temores. Entonces, una nueva libertad puede desarrollarse, esta libertad que hacía a Jesús tan atractivo y real.

En todas las circunstancias podemos sentir y disfrutar del amor del Padre. Siempre podemos acudir a él por medio de la oración y la adoración, sin ningún impedimento, pues todos nuestros pecados han sido perdonados a través de la sangre de Jesús. Por el Espíritu clamamos “¡ABBA

PADRE!”, es decir, «Padre querido» (Romanos 8:15). Invocar a Dios como Padre también significa tomar conciencia del honor y de la obediencia que le debemos. Tal obediencia es lo que probará la autenticidad de nuestra fe en el Padre.

Al privilegio bendito de ser hijos de Dios se agrega el de reconocer a Jesús como nuestro Señor. Ambos están relacionados, puesto que la exaltación de Cristo, su gloria como Señor está unida a la gloria del Padre (Filipenses 2:11; Romanos 6:4; Efesios 1:17, 20). En la práctica, al someternos a Cristo, al tomar su yugo, somos liberados progresivamente de todo el peso que nos abruma. Someterse a Cristo y obedecer a su palabra no es, pues, una servidumbre, sino la clave de una verdadera liberación (Romanos 10:9).

Jesús nos libera para estar al servicio de los demás

“ A libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros (Gálatas 5:13).

«Un cristiano es libre, dueño y señor de todas las cosas y no está sometido a nadie. Un cristiano es un esclavo sujeto a prestación personal en todas las cosas y está sometido a todos», escribió alguien. ¿Por qué esta aparente contradicción? Porque la libertad cristiana está íntimamente unida al amor, al que le gusta servir, entregarse. El amor producido por el Espíritu Santo (Romanos 5:5) hace brotar una vida espontánea, alegre, que se pone libremente al servicio del prójimo y que encuentra su felicidad en cumplir la voluntad de Dios.

La libertad que Cristo confiere conduce, pues, a ponerse los unos al servicio de los otros. Esta es la paradoja de la libertad. Mi verdadera libertad consiste en ser plenamente como Dios mi Creador y Redentor me quiere. Ahora bien, Dios me ha creado para amarlo y amar a mi prójimo. Nadie es libre como lo era Jesús. Él nos muestra lo que es la verdadera libertad, diciendo: “Yo hago siempre lo que le agrada” (a Dios, el Padre, Juan 8:29). “El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir” (Mateo 20:28). Y especialmente por nosotros dice: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (Mateo 16:24).

Jesús nos libera para ser conducidos por el Espíritu

“ Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad (2 Corintios 3:17)

Dios nos ha dado a su Espíritu, quien nos conduce por esta nueva vida de libertad y alegría. Nos da a conocer a Cristo (Juan 16:14), apartándonos de nosotros mismos a fin de orientarnos hacia el Señor Jesús para amarlo y obedecerle. También nos da la convicción de ser hijos de Dios (Romanos 8:16) y la confianza para acercarnos a él.

El cielo se alegra cuando los cristianos son libres y felices (Lucas 15:32). El Señor desea que goce-
mos, a través de su Espíritu, de una vida rica y abundante (Juan 7:38; 10:10). Jesús dice: “El que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos” (Juan 10:9). Él nos ha dado todas las cosas para que las disfrutemos, echando “mano de la vida que lo es en verdad” (1 Timoteo 6:17-19, V. M.). Así nosotros también tendremos el privilegio de bendecir y dar libremente, pues, “más bienaventurado es dar que recibir” (Hechos 20:35).

Procuremos no entristecer al Espíritu Santo por el pecado bajo una u otra forma. Al contrario, seamos llenos del Espíritu, abandonándonos completamente al amor del Padre, sometiéndonos a la autoridad llena de amor del Señor y aprendiendo a vivir por la fe y la confianza en él. Entonces gozaremos verdaderamente de la libertad cristiana. Esto es verdad tanto desde el punto de vista individual y familiar como desde el colectivo, el de la Iglesia. En las reuniones cristianas, en el ejercicio de los dones espirituales (1 Corintios 12:11) y en la comprensión de la Escritura, ¡que Dios nos conceda dejarnos conducir verdaderamente por su Espíritu!

Conclusión: Ser LIBRE en Cristo

La Corte Internacional de Justicia permite juzgar a los diversos responsables de crímenes contra la humanidad que han hecho sufrir a sus semejantes. No olvidemos que existen otros tiranos temibles, a los cuales cada uno está esclavizado. El mundo, el diablo, una conciencia pesada, las adicciones, el temor a la muerte, la esclavitud del mal; todas estas amenazas son la parte de nuestros contemporáneos. Sin embargo, de todas estas tiranías, Jesús puede y quiere liberarnos.

Más aún, ser libre no es únicamente escapar de una esclavitud. También es poder vivir plena y concretamente nuestra vocación, siendo tal y como Dios nos ha creado y después rescatado, tal como él quiere que seamos. Nuestra felicidad y libertad se fundan en el hecho de que Dios es nuestro Padre. Recibimos esta libertad por la gracia de Dios que actúa en nosotros. La vivimos amando a Dios, amando a nuestros hermanos y a nuestro prójimo. Un amor que se expresa en el culto rendido a Dios, en la sumisión a Cristo y en el servicio a nuestros hermanos y al prójimo, por el poder del Espíritu Santo (Romanos 15:13).

Cristianos, ¿formamos parte de ese pueblo libre que sabe cantar alegremente? (Salmo 89:15, V. M.)